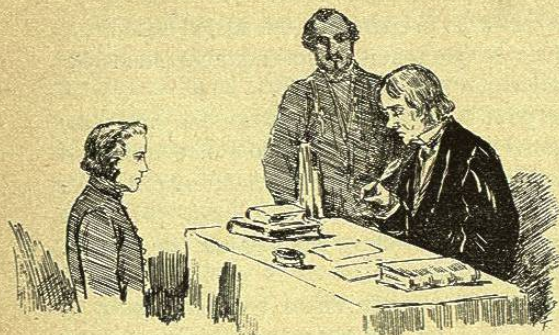


años y esperando que en la Universidad no seréis tan ligero.

Esta última frase, dicha delante del otro profesor que me miraba de un modo cómo diciéndome: «Bien, ya lo veis, joven!» me turbó



definitivamente.

Mis ojos cubriéronse como de una espesa niebla, el terrible profesor y la mesa ante la cual estaba él sentado se alejaban hasta perderse en lontananza, y una idea horrible, con una claridad extraordinaria, me vino á la cabeza:

«Y de todo esto, qué va á salir?» Pero no hice nada de lo que había pensado, muy al contrario, inconscientemente saludé con gran respeto á los dos profesores, y luego, hasta sonriendo un poco, con aquella misma sonrisa de Ikonin, me alejé de la mesa.

Esta injusticia produjo en mí una impresión tan grande que á haber sido dueño de mis acciones, con seguridad que no me hubiese presentado á más exámenes. Perdí de pronto toda ambición, puesto que ya no podía pensar en ser el tercero, y pasé los demás exámenes sin preocupación ninguna y sin emocionarme lo más mínimo. No obstante, obtuve una mediana algo superior á cuatro, pero ya no me interesaba nada todo esto. Me convencí seriamente de que era lo más necio del mundo pretender pasar por el primero, y que lo mejor era hacer como Volodia, ni muy mal ni muy bien, y tomé la resolución de portarme de este modo, para lo sucesivo, en la Universidad, aunque por la primera vez me hallase en desacuerdo con mi gran amigo.

No pensaba ya sino en mi uniforme, en mi coche, y sobre todo en mi libertad.

XIII

Ya soy grande

No obstante, todas estas cosas tenían también su encanto.

El día 8 de mayo, al volver de mi último examen, el de instrucción religiosa, me encontré en casa á un dependiente del sastre Rosanov, quien venía á traerme un traje de uniforme ya listo, después de haber hecho en él las correcciones que había indicado en anteriores pruebas con líneas de yeso.

Me puse el traje y juzgándolo magnífico, aunque Saint-Jerôme aseguraba que me hacía en la espalda algunas arrugas, descendí al gran salón con una sonrisa en los labios que iluminaba todo mi rostro, y fuí al cuarto de Volodia, fingiendo no reparar en los curiosos de la gente de la casa, que me veían pasar desde la antecámara ó desde el corredor. El mayordomo Gavriilo me paró en la sala, me felicitó por mi admisión en la Universidad y de orden de papá me entregó cuatro billetes de los blancos, informándome igualmente de parte de mi padre que *tal* cochero, *tal* coche y *tal* caballo estarían por completo á mi disposición. Me halagó de tal modo todo esto y se me ofrecieron tan inopinadamente todas estas felicidades juntas que no pude simular indiferencia delante de Gavriilo, y algo confuso y ahogándome la alegría pronuncié la primera frase que me vino á los labios, y fué esta: «Páreceme que *tal* caballo es un magnífico trotador». Viendo las curiosas cabezas que aparecían por todas las puertas y pasadizos no pude contener-

me más y eché á correr atravesando el salón al galope, luciendo mi traje nuevo, con sus brillantes y dorados botones. En el momento de entrar en el cuarto de Volodia, oí á mis espaldas las voces de Dubkov y Nekhludov que venían para felicitarme y para proponerme que fuese con ellos á comer en algún restaurant y á beber *champagne* para celebrar mi entrada en la Universidad. Dmitri me dijo que, aunque no le gustaba mucho el *champagne* iría también con nosotros para beber en mi compañía, *contigo* me dijo. Dubkov afirmó que me parecía muchísimo, no sé por qué, á un coronel; Volodia no me felicitó siquiera y dijo tan sólo muy secamente que ya podríamos ahora salir, dentro de dos ó tres días, para nues-



tra casa de Petrovskoie. Sin duda estaba contento de verme admitido en la Universidad, pero le disgustaba también un poco que fuese ya tenido por tan hombre como él. Saint-Jerôme vino también al cuarto y declaró, con mucho énfasis, que su misión quedaba cumplida, que no sabía si la había cumplido bien ó mal, pero que había hecho todo lo posible para salir airosamente de su cometido, y que desde mañana empezaría á ir á casa de su nuevo discípulo, el hijo del conde.

Como en contestación á todo lo que me decían, yo sentía que, muy á pesar mío, sobre mi rostro se derramaba toda la dulzura de una sonrisa resplandeciente, resplandeciente de felicidad, la cual me pareció que se desparramaba también sobre todos los que hablaban conmigo.

Y he aquí que no tengo ya quien me mande, y soy dueño de un carruaje y mi nombre figura en el registro de estudiantes, y llevo espada y los guardias de la ciudad me rendirán alguna vez honores. Ya soy grande, y me parece que soy completamente feliz.

Convenimos en que se comería en casa de Iar á las cinco en punto; pero como Volodia se iba con Dubkov y Dmitri, según su costumbre, se marchaba también, no se sabía nunca á dónde, pre-
textando algún quehacer urgente, me quedaban todavía dos horas

que podía emplear cómo mejor me pareciese. Largo rato me estuve paseándome por la habitación, mirándome en el espejo, ya con el uniforme todo abrochado, ya con un solo botón, ya desabrochado completamente, y de todas las maneras me parecía á mí mismo magnífico. Después, y apesar de una especie de vergüenza que me impedía mostrarme tan alegre como yo lo estaba interiormente, fuí al establo y á la cochería, y contemplé con inmenso gozo interno *mi* caballo, *mi* carruaje y *mi* cochero; luego volví al cuarto y á mis paseos, mirándome á cada punto en el espejo, y contando infinitas veces mi dinero, sonriendo sin cesar con sonrisa de inmensa felicidad.

Sin embargo, no había pasado una hora aun, cuando me sentí ya lleno de fastidio, ó por decirlo mejor, sentí en mí el vivísimo deseo de que alguien me viese y me admirase en mi brillante situación. Por esto dí orden de que enganchasen mi carruaje y decidí que lo mejor sería llegarme hasta el Puente de los Mariscales para comprarme algunas fruslerías.

Recordé que Volodia, cuando su entrada á la Universidad, había comprado litografías de caballos, tabaco y pipas; yo me creí en el caso de hacer algo parecido.

Llegué al Puente de los Mariscales, acompañado de las miradas de todo el mundo, pues me parecía que todo el mundo me miraba á mí, reluciendo el sol en mis botones dorados, y me detuve junto al almacén de cuadros de Daziaro. Después de haber mirado con cierta inquietud á todos lados, entré en la tienda. No quería comprar litografías de caballos, para que no se dijese que imitaba á Volodia; pero dándome pena del trabajo que ocasionaba el amable dependiente que me recibió, me quedé, sin mirarlo mucho, con una cabeza de mujer á la aguada que tenían en el aparador y por la cual pagué veinte rublos. No habiendo pagado más que veinte rublos, tuve por cosa vergonzosa haber estorbado por una patarata así á dependientes con tanta elegancia vestidos, y además creí observar que me miraban con cierta displicencia. Deseando hacerles sentir quien yo era, me puse á examinar un pequeño objeto de plata que había colocado en una vitrina; dijéronme que era un magnífico porta-lápiz y que valía dieciocho rublos. Hice que me lo envolvieran y lo pagué, y habiéndome indicado amablemente que en la tienda de al lado hallaría magníficas pipas y buen tabaco, saludé cortésmente á los dependientes y salí á la calle con mi cuadro debajo del brazo. En el otro almacén, que tenía por muestra un negrito fumando un cigarro, compré, para no imitar á nadie, tabaco de una nueva marca, una pipa de Stambul

y tubos de pipa de tilo y de rosál. Al salir de la tienda, cerca ya de mi coche, ví á Semenov que, con la cabeza baja, andaba á grandes pasos por la acera. Me sabía muy mal que pasase sin reconocerme, y dije en alta voz al cochero: «Acércate!» é instalándome de un salto en el carruaje que empezó á andar al trote, atrapé enseguida á Semenov, á quien saludé diciéndole:

—Buenos días!

—Salud,—me contestó sin dejar de andar.

—Cómo no vais de uniforme?—le dije.

Semenov se detuvo, medio cerró los ojos y abrió la boca enseñando sus blanquísimos dientes, como si los rayos del sol le molestasen, pero en realidad todo ello no significaba más que un profundo desprecio por mi uniforme, por mi coche y por mi cochero; me miró un momento y alejóse sin decir nada.

Del Puente de los Mariscales me dirigí á la pastelería de la calle de Iverskaia, y aunque yo me empeñaba en hacer creer que lo que más me interesaba allí eran los diarios que tomaba y dejaba

á cada punto de encima de la mesa, no pude contenerme y me tragué un pastel tras de otro pastel. A pesar de la gran vergüenza que me daba un señor que, fingiendo leer en su diario, no apartaba de mí los ojos, me comí con una rapidez asombrosa hasta ocho pasteles de todas las clases que en la tienda había.

Al llegar á casa sentí algo revuelto mi estómago, pero no hice caso y me puse á examinar todo lo que había comprado; el cuadro me disgustó de tal modo, que no solamente no lo hice encuadrar ni lo coloqué en

mi cuarto, como había hecho Volodia con los suyos, sino que lo escondí cuidadosamente detrás de la cómoda donde nadie lo pudiese ver jamás. Una vez en casa y bien considerado, tampoco el porta-lápiz de plata me gustó, y lo dejé sobre la mesa, consolándome, sin embargo, con la idea de que de todas maneras era aquello un objeto de plata, sólido y para un estudiante muy útil. Y me decidí á probar inmediatamente los aparejos de fumar.

Abriendo el paquete llené con gran cuidado la pipa de Stambul con mi rico tabaco del Sultán, de un amarillo rojizo muy hermoso y finamente cortado, le apliqué la mecha bien encendida, y co-



giendo el tubo de la pipa entre el mayor y el anular, movimiento de mano que me placía mucho, me puse decididamente á fumar.

El olor del tabaco era muy agradable, pero en la boca sabía á muy amargo y apenas si lo podía resistir. No obstante, continué fumando largo espacio de tiempo; probando de aspirar el humo y de lanzar al aire grandes espirales. Pronto estuvo el cuarto lleno de nubecillas azuladas, la pipa comenzaba á crepitar y el tabaco saltaba como brasas de fuego. Sentía en la boca un grande amargor y en la cabeza un ligero vértigo. Quise dejar de fumar y contemplarme en el espejo con la pipa apagada en la boca; pero, con gran extrañeza mía, sentí vacilantes mis piernas, el cuarto se puso á girar entorno mío, y acercándome con gran trabajo al espejo ví que estaba mi rostro blanco como un papel. Me dejé caer en el diván y me sentí una tan fuerte opresión en el pecho y una debilidad tan grande que me imaginé que la pipa era cosa mortal para mí y que me iba á morir. Seriamente asustado, quise llamar en mi auxilio á un criado para que fuese inmediatamente en busca del médico.

Sin embargo, este miedo no me duró mucho, comprendí enseguida lo que en realidad tenía, y con un horroroso dolor de cabeza y débil en extremo, sin fuerza para nada, permanecí largo tiempo echado en el diván, mirando fijamente y con atención estúpida el escudo dibujado en el paquete del tabaco, ó bien poniendo mis apagados ojos en la pipa que yacía tirada al suelo y en el tabaco que se había desparramado, y con cierto desencanto en el fondo del alma yo pensaba: «No soy todavía *grande* de veras, pues no puedo fumar como los demás; es evidente que no puedo, como hacen los hombres, sostener el tubo de la pipa entre el anular y el medio, enviando al aire bocanadas de humo á través de los rubios bigotes».

Cuando, á las cinco, vino Dmitri á buscarme, me halló todavía en tan triste situación. No obstante, después de haber bebido un buen vaso de agua, me sentí perfectamente bien y me dispuse á salir con él.



—Pero, qué necesidad teníais de fumar?—me dijo Dmitri al ver la pipa por el suelo y el tabaco.—Es una tontería eso y un gasto bien inútil. Yo tengo tomada la resolución de no fumar en mi vida... Pero, démonos prisa, hemos de ir á buscar á Dubkov todavía.

XIV

En qué se ocupaban Volodia y Dubkov

A PENAS entró Dmitri en mi cuarto, en su rostro, en sus gestos, en un ademán que le era muy propio cuando estaba de mal humor, guiñando los ojos y estirando el cuello como para arreglarse la corbata, comprendí inmediatamente que se hallaba en aquella disposición de espíritu fría y concentrada en que se le veía siempre que estaba descontento de sí mismo, y que enfriaba también, siquiera momentáneamente, mi afecto hacia él. En los últimos tiempos comenzaba ya á analizar y aún á discutir el carácter de mi amigo. A pesar de todo, nuestra amistad no se alteraba; era todavía tan nueva y tan fuerte que, aún examinando á Dmitri bajo toda clase de aspectos no podía dejar de considerarle como un verdadero modelo. Había en él dos hombres muy diferentes, y á los dos encontraba muy hermosos. Uno, el que yo amaba con más ardor, era bueno, dulce, alegre, y se reconocía en sí mismo todas esas cualidades. Cuando se hallaba en esa disposición de espíritu, todo su aspecto, el sonido de su voz, todos sus movimientos parecían decir: «Yo soy dulce y virtuoso, y hallo gran placer en serlo, según podéis todos vosotros convenceros de ello». El otro hombre, á quien yo empezaba solamente á conocer y ante la majestad del cual me inclinaba, era un hombre frío, severo para

los demás y para sí mismo, orgulloso, de una piedad extremada y austero como el que más lo fuese. En aquel momento, tenía delante de mí á este segundo hombre.

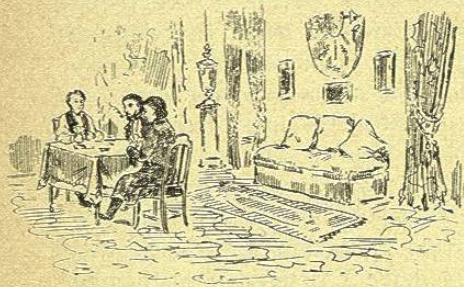
Con toda la franqueza que era la condición necesaria de nuestras relaciones, una vez instalados en el coche le dije cuán triste me era y cuán penoso verle en tan grave y tan severo estado de espíritu en día tan feliz para mí.

—Algo os habrá contrariado, probablemente, por qué no me lo decís?—continué.

—Nikolenka,—me contestó sin precipitarse, inclinando á un lado la cabeza y medio cerrando los ojos,—os he dado mi palabra de que no tendría secretos para vos, de modo que no tenéis razón para suponer que ando disimulándoos algo; bien puede no estar uno siempre en la misma disposición de espíritu, y si fuese verdad que algo me haya puesto de mal humor he de declarar que ni yo mismo me he dado cuenta de ello.

«Qué hermoso carácter, y cuán franco y honrado!»—pensé yo y ya no le hablé en todo el camino.

Sin decir una palabra llegamos á casa de Dubkov. La habitación de Dubkov era muy hermosa, ó me pareció tal entonces. Por todas partes alfombras, cuadros, tapices, retratos, sillones, divanes, y en las paredes grandes panoplias con fusiles, pistolas, sables y cabezas de animales de todas clases. Al ver ese gabinete comprendí enseguida en quien Volodia se había inspirado para el arreglo de su cuarto. Encontramos allí á Dubkov y á mi hermano jugando á las cartas. Un señor á quien yo no conocía, y el cual era sin duda de escasa representación á juzgar por la actitud muy comedida que guardaba, hallábase sentado cerca de la mesa y seguía con gran atención el juego.



comprendíase que se hallaba absorbido enteramente por el juego. Al verme á mí se puso todavía más encarnado.

—Anda, á tí te toca dar ahora!—dijo á Dubkov. Comprendí que no le gustó que yo viese cómo estaba jugando á las cartas, aunque en su expresión no demostraba embarazo alguno; al contrario, parecía decirme con la expresión de su rostro: «Sí, estoy jugando, á tí te extraña, porque tú eres todavía muy joven; no solamente esto no es ninguna cosa mala, sino que á nuestra edad es hasta obligatorio».

Sentí y comprendí todo esto instantáneamente.

Sin embargo, Dubkov no dió las cartas, sino que se levantó, nos estrechó la mano, nos rogó que tomásemos asiento, y nos ofreció sendas pipas que nosotros no aceptamos.

—He aquí á nuestro diplomático, el triunfador,—dijo Dubkov.—Juro de nuevo que se parece extraordinariamente á un coronel.

—Bah!...—hice yo sintiendo dibujarse en mis labios una sonrisa de estúpida satisfacción.

Yo estimaba á Dubkov como un muchacho de dieciseis años puede estimar á un ayudante de campo de veintisiete años, del cual dicen todas las personas mayores que es un joven distinguido, que baila admirablemente y que habla muy bien el francés, y quien además, si bien desprecia en el fondo de su alma mi excesiva juventud se esfuerza en disimularlo.

A pesar de que le apreciaba muy afectuosamente, mientras duraron nuestras relaciones, no sé porque me fué siempre penoso mirarle en los ojos. Después, he observado que no sé mirar frente á frente á tres clases de hombres: los que son mucho peores que yo, los que son mejores que yo, y finalmente aquellos con quienes no sé atreverme á tener verdadera confianza. Dubkov era mejor ó peor que yo, no lo sé, pero es evidente que mentía algunas veces sin confesarlo después, y yo había observado en él esta debilidad sin atreverme á decírselo.

—Juguemos todavía un rey,—dijo Volodia, moviendo los hombros lo mismo que papá y dando con los naipes sobre la mesa.

—Vaya una afición!—hizo Dubkov.—Ya jugaremos más tarde!... En fin, va por un rey!—Y se sentó á la mesa.

Mientras jugaban, observé que las manos de Volodia eran largas y finas. Al coger las cartas ponía exactamente los dedos lo mismo que papá, de manera que llegué á creer por un momento que lo hacía expreso para tener semejanza con alguna persona mayor; pero mirándole al rostro, comprendíase enseguida que no pensaba entonces en nada, salvo el juego. Las manos de Dubkov, por el contrario, eran cortas, gordetas y dobladas hacia dentro, y parecían muy ágiles; tenía precisamente aquella especie de manos en

que se ven con frecuencia lucir grandes y hermosas sortijas y que pertenecen á hombres que tienen gusto por los trabajos manuales y que hallan placer en la posesión de objetos de gran precio.

Volodia perdió indudablemente, pues el señor que estaba mirando el juego hizo la observación de que mi hermano estaba de malas, y Dubkov tomó su cartera y escribió en una de sus hojas algunos números, que luego enseñó á Volodia diciéndole:

—Es esto?

—Esto exactamente!—contestó mi hermano haciendo que miraba lo escrito en el papel.—Ahora podemos ya irnos.

Volodia se fué con Dubkov, y Dmitri me tomó en su coche.

—A qué jugaban?

—Al *piquet*. Es un juego muy tonto... aunque, en general, el juego no es sino una gran tontería.

—Juegan fuerte?

—No... Pero, de todas las maneras, es una cosa mala.

—Vos no jugáis?

—No, me he dado á mí mismo la palabra de no jugar jamás; pero Dubkov no se puede pasar sin ganarle algo á alguien.

—Esto no está bien,—dije yo.—Y probablemente Volodia juega peor que él.

—Claro es que no está bien, aunque no hay en esto nada extraordinariamente malo. A Dubkov le gusta jugar y juega bien, y sin embargo de todo esto es un excelente amigo.

—No es que lo haya yo puesto en duda...

—Ni se puede pensar nada malo de él, pues es de veras un buen muchacho. En cuanto á mí, le quiero y le querré siempre, á pesar de todas sus debilidades.

Paréceme, aunque no sabría decir por qué, que Dmitri defendía con tanto calor á Dubkov precisamente porque ya no le quería ni le creía digno de su estimación; pero se empeñaba en no confesarlo en parte por tozudería, en parte para que no se le acusase de inconstancia. Era de esta clase de hombres que quieren á sus amigos toda la vida, no porque sus amigos les sean siempre fieles, sino porque habiendo amado un día á un hombre, aunque se hayan engañado, piensan que es cosa mala retirarles después su afección.



XV

Se me felicita

VOLODIA y Dubkov conocían los nombres de todos los mozos de casa lar, y todos, desde el portero al patrón, les demostraban una consideración extrema.

Se nos acompañó inmediatamente á un gabinete particular y nos sirvieron una soberbia comida, arreglada por el propio Dubkov sobre el *menú* francés. La botella de *champagne frappé*, que yo trataba de mirar con la mayor indiferencia posible, estaba ya preparada. La comida fué muy agradable y muy alegre, pues Dubkov, como siempre que se hallaba en situación semejante, no se cansó de contarnos, como si fuesen verdaderas, las más extravagantes historias. Entre otras cosas nos contó que su abuela mató á arcabuzasos á tres bandidos que la atacaron en desoblado y quisieron abusar de ella...—Mientras contaba esto yo me avergoncé por él, y bajos los ojos no me atreví siquiera á mirarle. Volodia se mostraba inquieto cada vez que iba yo á hablar,—lo cual fué absolutamente inútil, pues recuerdo que no dije nada de que hubiese de avergonzarse. Al servirse el *champagne*, todos me felicitaron, y enlazado de brazos con Dubkov y Dmitri bebimos juntos en honor de nuestra futura amistad, y enseguida nos besamos. Como yo no sabía quién ofrecía la botella de *champagne* que acabábamos de bebernos, quise regalar á mis amigos con mi propio dinero, que acariciaba á cada punto dentro de mis bol-